

Análisis

Violencia  
y convivencia  
en la educación

Recientes sucesos de violencia extrema han disparado las alarmas que avisan de un deterioro de la convivencia en el ámbito educativo. Pero, más que el suceso memorable, nos preocupa el tono de la vida cotidiana en la escuela, más allá de los hechos que saltan a los titulares de prensa o son reclamos para el buitrerío televisivo, nos preguntamos si nuestra sociedad no le estará fallando a la juventud y si ésta no acabará fallándole a la sociedad. Más que la palpitante actualidad nos interesan los fundamentos para el futuro, más que al orden escolar somos sensibles a la personalidad moral que debería contribuir a edificar en los educandos, y que tanto se esfuerzan en deshacer los escaparates mediáticos que exhiben contramodelos morales (léase «Gran Hermano» y otros de semejante calaña).

Más que la alarma importa la vigilancia. Si la educación, como decía Mounier, es una llamada al despertar de la persona, el educador ha de cultivar el estado de vigilia, atento para luchar contra las fuerzas somníferas que arrastran al educando a la ignorancia, a la insensibilidad y al vacío de sentido. Pero esas fuerzas, que actúan desde fuera de la escuela, son demasiado poderosas para dejar a los educadores a solas con ellas, constituyen un asunto político que atañe a toda la sociedad. Que esto es así, y que se empieza a reconocerlo, lo indica la celebración de la primera conferencia mundial sobre «Violencias en la escuela y políticas públicas», que ha tenido lugar en París con la participación de especialistas de 36 países (5-7 de marzo de 2001).

No vendrá mal observar que en varios países se están dando problemas similares. Hace más de veinte años que las autoridades norteamericanas han constatado una profunda crisis en su sistema educativo, uno de cuyos síntomas es la violencia en las aulas, agravada por la peculiaridad del culto a las armas que tan arraigado se encuentra en el aquel país. Más recientemente y más cerca de nosotros, tanto geográficamente como en mentalidad, en Francia, ha cundido la alarma por la agudización del conflicto escolar hasta el punto de que se ha reconocido como un problema político importante. En los dos casos se ha vuelto un problema fronterizo con los de seguridad y orden público. En EE. UU. es habitual que existan policías en el interior de los establecimientos educativos, en otros países no se ha llegado aún

a ese extremo, pero ¿no es esto, ya, un fracaso del sistema educativo? En España estamos aún ante un problema incipiente, pero, a la vista de lo que sucede en países que nos han precedido y nos han marcado pautas de desarrollo social, podemos estar seguros de que también en este terreno los imitaremos, a menos que se tomen medidas preventivas antes de que sea tarde.

Probablemente ocurra que las medidas que se tomen dejen intacto el rumbo de la sociedad, cuando lo necesario sería reflexionar sobre si hay que cambiarlo, sobre los objetivos que persigue, sobre la importancia que da a los sujetos de la educación y sobre los fines de ésta. La violencia en la educación seguramente es un síntoma de una enfermedad propia de los países desarrollados que arroja interrogantes sobre la viabilidad futura y la salud de nuestras sociedades, una señal que detecta y amplifica los problemas de sentido, de la felicidad de las personas que la forman, en definitiva, y que en la sociedad adulta se ocultan porque pondera más los asuntos materiales cuyo reflejo en el PIB es constatable. Habría que indagar si el conflicto escolar es el pulso agitado que delata una civilización decadente y una cultura en crisis, cuya manifestación primera, anterior a ésta, es la desestructuración de la familia.

Aquí hacemos una primera aproximación, conscientes de que el debate sólo se está iniciando y, por tanto, sin pretender agotarlo. Sencillamente, hemos recopilado algunos artículos sobre temas y aspectos que nos han parecido esenciales, escritos en su totalidad por personas que cuentan con numerosos años de experiencia como profesores de educación secundaria. El lector encontrará un balance general a cargo de Félix García y Eduardo Martínez; Guy Coq sitúa a la escuela en el contexto de la sociedad democrática como institución que hace una función mediadora para introducir al niño en una cultura. Ángel Barahona y José María Vinuesa indagan algunas causas internas y externas del desarrollo de la violencia en el individuo y en la masa. Los artículos finales, escritos por F. Pérez de Blas, M. Sánchez Cuesta y Carlos Díaz sugieren vías de salida o, al menos, condiciones indispensables de superación: educación integradora, cooperadora, racio-cordial, basada en modelos morales y en la ejemplaridad del educador, la autoridad que eleva y sirve, es decir, magisterio y ministerio...